



LOS JUEGOS DEL MONTE

YOJHAN DANIEL ACOSTA ROSERO

Universidad de Caldas
Colombia

Sinopsis

Este texto explora la relación profunda entre infancia y naturaleza en La Llanada, Nariño, Colombia. Se define el monte como una fuerza viva que crece independientemente de la intervención humana. Bajo la premisa de que jugar es conocer, el relato describe cómo la escasez de juguetes se suplía mediante la reinvención lúdica del entorno: flores de *mangicapa* simulaban huevos fritos, mientras choclos tiernos se transformaban en muñecas con cabellos de seda. La obra introduce el *acausato*, decaimiento físico por la ausencia del hogar, sugiriendo que el vínculo con el monte es un antídoto vital. Al final se resalta la persistencia de la naturaleza en los cultivos; el monte siempre retorna, integrándose a la identidad y memoria colectiva.



Cuando uno se ha criado en el campo, uno conoce el monte. Yo me crié en La Llanada, un municipio del suroccidente del departamento de Nariño. El monte es todos los lugares favorables a la naturaleza, a los animales, a las flores, a los espíritus. Puede haber muchos tipos de monte, el monte es lo que crece solo, lo que se viene arriba si no hay mano humana interviniendo. En las zonas aledañas al casco urbano de La Llanada, el monte se encuentra yendo por los caminos que conducen a sitios llamados la Cruz, el Purgatorio y los Cedros; estos son sitios de cuenca de agua. **No hay agua sin monte, ni monte sin agua.** El monte también es la zona montañosa del pueblo que conecta con el Pacífico colombiano¹. El monte también está en los guaicos². En La Llanada algunos sitios que antes eran puro monte han sido convertidos en potreros, pero aún así, en estos habita el monte, porque **el monte es por la fuerza de la tierra que empuja las raíces.** El monte puede ser lo que crece alrededor de las plantas de cultivo, puede ser el matorral espeso que se viene en zonas donde hubo trabajo de la gente, también pueden ser lugares viejos donde adentrarse puede ser el riesgo de que se lo trague el monte.

El monte es algo en constante suceder.



Figura 1. El monte de La Llanada.
Fotografía: Camilo Riascos (2026).

1 Acá hago referencia en específico a la zona rural ubicada al occidente del municipio, conformada por los corregimientos de el Vergel y sus veredas: La Montaña, El Prado, Santa Rosa, San Francisco, El Palmar, La Florida, El Saspi, El Campanario, El Remate y la Alegría.

2 El guaico es lo que queda en tierra abrigada, son fincas donde crecen alimentos de tierra caliente.





La Figura 1, tomada camino a La Cruz, muestra La Llanada como un pueblo ubicado en medio de montañas que son el lugar en el que se guarda el monte. La montaña llena de monte es, en La Llanada, el paisaje que tienen los ojos. El cerro de La Cruz, conocido así desde que un cura paísa³ tuvo la iniciativa de construir en minga una cruz gigante para convertirlo en lugar de peregrinación los viernes santos, es un cerro guardián. También conocido como los Indios o San Sebastián, este cerro se ve desde cualquier lado del pueblo donde uno se pare; estando allá, se puede ver todo el casco urbano de La Llanada. Durante algunos años se hacía el recorrido del viernes santo hasta allá, parando en 14 estaciones que se construyeron en el camino. Con la llegada de otros curas esto cambió y el viacrucis se hace ahora desde alguna vereda del pueblo y recorriendo los barrios del municipio. Hoy, sobre todo en la gente más joven, ha quedado la costumbre de subir en días de Semana Santa para La Cruz, aprovechar para meterse a quebradas y sobre todo caminar. Recuerdo haberlo hecho y ver no solo el pueblo sino el horizonte desde ese lugar; lo ubica a uno en una inmensidad hecha de monte.

El monte también es lo que crece en los cultivos y que muchas veces arrancamos como maleza; este monte es importante porque está pintado de flores. Pero en el monte espeso también hay flores, flores que podemos conocer a medida que lo andamos. El monte se anda en La Llanada porque es lugar de trabajo, también porque ha sido **el lugar de juego de los niños** de varias generaciones. También se anda porque a veces se van a buscar frutas como las moras del monte, los cerotes, los motilones o los arrayanes; se anda porque en él hay plantas de diferentes usos, entre ellos los medicinales y de materiales para el trabajo, como la madera, la leña o la hierba para los animales. Varios montes son recorridos para el trabajo en La Llanada, los mineros lo hacen en la montaña, la gente que siembra lo hace en los guaicos, la gente que tiene ganado lo hace en los potreros al pie de los cerros.

Es necesario convenir que en el monte y las formas de vida que en él habitan está la vida de muchos grupos humanos. Sean la montaña, el bosque, el campo, la selva, *la manigua*, el yermo, montes altos, bajos y cerrados,

3 Alguien proveniente del departamento de Antioquia o el Eje cafetero (Colombia).



en ellos hay vidas con las que nos contaminamos. Cortar, quemar, talar, recolectar, trochar, caminar, observar, desmontar, parcelar, recorrer y escuchar, son acciones que hacemos en el monte, pero hay que preguntarnos ¿qué hace el monte en nosotros? Desde mi experiencia, que estuvo acompañada por mis *compinches* de infancia y desde lo que me ha contado mi madre, me quiero ubicar en el lugar, donde el monte es el escenario de lo que para mí es una forma de conocer y revolverse en el mundo. El monte y lo que en él se encuentra ha sido para muchos de mi generación y de las generaciones anteriores el sitio para la diversión, también el lugar en el que se aprende a trabajar.

 **Ahora quiero jugar desde el recuerdo, en ese monte de la infancia que me hace contemplar la fortuna del campo. Jugar es lo más importante para las infancias y es una suerte poder hacerlo en el monte.**

Jenny: jugar y conocer en el monte

—¿Ma y esas hierbas para hacer el agua de purga se las llevan o usted las consigue?

—No mijo, esas me las traen, aunque saliendo a buscar si las encontrara.
(Comunicación personal, 2025)

Mi mamá nació un 5 de agosto en La Llanada, el nombre que le pusieron fue Jenny Doris. La mamá de ella se llama Mariana de Jesús Morales y el papá se llamaba Robustiano Rosero. Cuando nació, La Llanada todavía no era un municipio y según lo que ella me ha contado, poco se parecía a lo que es hoy. Calles sin pavimentar cubiertas de polvo, algunas pocas casas de ladrillo, la mayoría de madera, de tapia y de bahareque. Ella conversa que, en ese tiempo, cuando era niña, les tocaba andar en los guaicos, en la montaña y en los potreros ayudando a trabajar. Por eso ha conocido el monte, porque le tocaba andar buscando leña o ayudando en las siembras. Ella sabe de plantas de remedio y es porque ha andado el monte y porque ha sembrado; cuando le pregunto de dónde aprendió me dice que le ha enseñado doña Rubiela, la esposa de un tío de ella. Mi mamá es una persona muy recursiva, ha hecho de todo y conoce de mucho, algunos de sus recursos, saberes y conocimientos, están en el monte.

Cuando le pregunté sobre las flores del monte, ella me comenzó a hablar de flores que servían para remedio, otras de las que la mata, o sea las hojas y los tallos, sirven



para dar de comer a los cuyes. También recordó cómo jugaba con algunas. Habló de flores que solamente crecen cada cierto tiempo como las que salen en la cosecha de maíz, flores que ni yo ni ella sabemos bien cómo se llaman. A la distancia, quiso contarme un poco más acerca de sus juegos de la infancia con flores y maticas del monte:

Esta era una historia cuando yo era niña ¿No? **Casi no teníamos juguetes, pero siempre nos las ingeniábamos para hacer algunos.** Utilizábamos flores de campanillo que son unas flores un poco alargadas, como campanas. A ellas les metíamos un hilo por el centro, porque tenían un huequito ¿no?, entonces les metíamos un hilo y armábamos un collar y jugábamos a los reinados. También hacíamos bastantes coronas con esas flores de colores y como nos juntábamos entre primas y las primas tenían unas hermanitas pequeñas, ellas eran las reinas y así. Igualmente de las mismas flores armábamos unos ramos pa darles el premio a la que ganaba ¿No?

Recuerdo también que con las flores hacíamos algunos muñecos. Cogíamos algunas flores y las pepas de los mismos árboles que florecían como por ejemplo el jazmín, les hacíamos la cabecita, algotros-algotras partes las hacíamos con palitos y así seguíamos haciendo nuestros muñecos, pero así utilizando las flores, fueron algunas de lo que utilizábamos nosotros para nuestros juegos.

También cuando íbamos a cocinar, eh, a jugar a las cocinadas hacíamos la comida de flores. Utilizábamos, hay una flor que se llama *mangicapa*, ella es flor del monte ¿no?, entonces ella es, se parece a un huevo frito, el centro es amarillo, al rededor es blanca, entonces ese era el huevo.

Se hacía el arroz, hay otras flores pequeñas, blanquitas, esas también los pétalos eran el arroz y hacíamos la comida (Figura 2). Según nosotros cocinábamos y les íbamos a dejar el almuerzo a los primos varoncitos que ellos jugaban que se iban a la mina y así era nuestra forma de jugar. De las margaritas blancas era que sacábamos los pétalos para el arroz ¿no?. Otras semillas de algunos árboles, eran, jugábamos que era el plátano, hay unas que son como flores, ellas se parecen a un plátano entonces jugábamos que eran el plátano, esa se llama platanillo, es una hierba también que crece en el monte que se llama platanillo.





Figura 2. Plato de comida jugando a las cocinadas. Fotografía: Jenny Rosero (2025).⁴

Eso pues, en cuanto a más juguetes pues, sí, eso era las muñecas. Siempre recuerdo que hacíamos otras muñecas, cuando era tiempo de choclo le íbamos a coger a la maicera del abuelo de esos choclos tiernitos y cómo ellos tienen el cabello, o sea el, pelo del choclo era el cabello de las muñecas, entonces les poníamos los brazos de palo y con las flores, con unas flores grandes que hay como campanas, esas les armábamos el vestido (Figura 3), **era una infancia muy bonita la que vivimos. Había escasez, pero éramos felices porque hacíamos nuestros propios juguetes.** Y si teníamos nuestra propia muñeca, algo de verdad de juguete pues ¡uff imagínese!, porque en ese tiempo no se miraba como ahora. Los zapatos, hay otra flor que se llama, zapatico se llama esa flor, es una flor que crece en las partes, como, como donde es bien húmedo y hace una flor amarilla que es como un zapatico con media. Entonces lo que son pequeñas, cuando nuestros muñecos los hacíamos pequeños si nos servían ¿no? para ponerles, esos eran los zapatos.

⁴ En el plato las hojas lanceoladas son el pescado, las flores de centro amarillo llamadas pestañas con el huevo frito, las flores blancas pequeñas son el arroz, las hojas moradas la carne, las flores rojas las hojas de tomate, las hojas verdes de punta redonda el plátano.





Figura 3. Muñeca hecha por mi mamá a partir de un choclo tierno y una flor del monte.
Fotografía: Jenny Rosero (2025).

También recuerdo que cuando nosotros jugábamos y se nos dañaba un muñeco nosotros lo íbamos a enterrar, hacíamos un entierro, así como todo bien, como enterrar una persona. *Lo poníamos en unas ramitas y lo íbamos a enterrar ¿no? y cuando ya lo enterrábamos le colocábamos hartas flores alrededor y ese era otro de los juegos que acostumbábamos a hacer.* Hacíamos también concursos de flores, el que juntaba flores, las más bonitas, entonces nos íbamos a esos potreros y buscábamos la flor más bonita del monte, eso lo hacíamos pues con todas mis primas. Esa era una manera de juego de nosotros.

Mi mamá dice que hay gente a la que le interesa la naturaleza y no perder las tradiciones que hay. Que si una hierba es buena, no hay que dejarla perder. Ella se acuerda que doña Nancy, una señora que cuando yo era niño ya estaba viejita, le enseñó a hacer el agua de nervios. Mi mami dice: “que si no le viera⁵ interesado la enseñanza, pues no más se olvidaba y ya”. *Que conocer y ser cuidador de la tierra es querer los reme-*

5 Hubiera.



dios, que si uno los aprendió **se los puede enseñar a otros para que no se pierdan**. Que eso es **tener un amor por las plantas**. Me dijo que para ella las flores del monte era amarlas, que a uno le gusten y mirarlas con detención, que las flores del monte siempre le parecieron curiositas, que siempre se las llevaba a la mamá. Que ha conocido las flores del monte y que para lo que más le interesaron fue para jugar.

Jugar fue para mi mamá al igual que para mí y para muchos una forma de conocer el monte. La mayor parte de mi infancia la pasé jugando en un solar grande que está justo atrás de mi casa. En ese tiempo era monte espeso, mientras que no lo sembraban y era cultivo y monte. Hoy en día no es ni cultivo ni monte espeso, los dueños lo dispusieron para vender y construir casas, el monte se está volviendo a hacer.

*** Así también jugué en la casa de mi abuela donde había mucho monte para andar. Otro lugar donde tiré mucho monte fue en El Otro Lado, donde la tía Rosaura cuando iba a quedarme una noche para jugar con mis primos. En estos lugares, con primos y amigos encontrábamos las cosas con las que hacíamos nuestros juguetes.**

Eran cosas nacidas en el monte. Andamos el monte porque en La Llanada no todo es pueblo, no todo son casas, de pequeños lo anduvimos para jugar, ir de paseo y hacer los mandados que nos dejaban nuestros papás, estos últimos consistían en llevar a cabo alguna enseñanza que nos acercaba a nuestro entorno.

Lo que se viene arriba, partitura para jugar en el monte

Cuando tuve ocho años por primera vez, nos fuimos a vivir para donde mi abuela. De eso no tengo mayor recuerdo, más que una charla con ella en la antesala de una cocina vieja y una foto en la que me estoy comiendo una *nucita* que me tenían al regresar de la escuela. A mi abuela yo la recuerdo mucho, sobre todo porque vive en una casa a la que se le puede dar vueltas





corriendo. La casa era en ese entonces la que habían dejado construyendo con mi abuelo Robustiano antes de que muriera. Estaba hecha de un ladrillo antiguo, grande y pesado. Tenía tres habitaciones y una cocina grande que era la principal, acompañada de una cocineta donde había un fogón de leña. En la parte externa de la casa estaban el lavadero y los baños. En la parte de adelante siempre ha habido un llano amplio y jardín, que fue el lugar de nuestros juegos. Yo apenas viví allá un año o menos del que ya anticipé mi mala memoria. Pero hasta muy grande mantenía donde mi abuela para jugar con mis primos, Paula, Gaby y Martín que vivían allá y Nahilé que al igual que yo siempre ha vivido en el pueblo; pero siempre nos unió la casa de mi abuela para juntarnos a jugar.

Esa casa queda en el barrio Gigante, en la salida para ir al municipio de Samaniego. Es un barrio extenso que está delimitado en su parte baja por la avenida, que es una vía de dos carriles con un separador en el que hay sembrados algunos árboles. Al lado izquierdo, si uno está bajando, queda la urbanización Santander y al lado derecho los potreros de don Pacho, que se extienden hasta donde comienzan las casas de los vecinos de mi abuela. Anteriormente no habían tantas casas en la parte de la urbanización, en los últimos años el pueblo ha venido creciendo y lo que antes era monte hoy está habitado por gente que ha ido construyendo sus casas. La casa en la que pasé la mayor parte del tiempo que viví en La Llanada está en el barrio San Francisco, en la entrada al colegio. Por eso digo que Nahilé y yo vivíamos en el pueblo, porque la casa de mi abuela no está en la zona céntrica.

*** Yo era muy contento y madrugaba para irme a jugar con mis primos. Desde mi casa, después de pedirle permiso a mi mamá para ir donde la mamita, caminaba unos diez minutos. Seguramente a paso acelerado por la alegría de irme a jugar recorría la avenida, teniendo siempre cuidado de caminar por la orillita, porque podía ser peligroso que lo atropellara a uno algún carro o alguna volqueta. La casa de mi abuela está en una parte alta, cruzaba la calle con el cuidado que me recomendaba mi mamá y subía el camino.**

Lo primero que me encontraba era la casa de mi tía Nereida donde vivía mi primo Martín antes de que se fueran para la ciudad:

- Hola, tía**
- Hola, mijo. ¿Qué anda haciendo?**
- A jugar nomás vine. ¿Está el Martín?**
- Arriba, onde la mamita está.**

Entonces seguía otro pedacito de camino y en él me encontraba con un cerco de alambre de púas que separaba el camino del monte en el que jugábamos con mis primos. Yo llegaba a la casa de mi abuela y lo primero que tocaba era pedirle la bendición, ella ha sido un poco jodida, pero siempre querendona de los nietos, nos regañaba por el desorden y creo que vernos juntos era señal de que lo iba a haber. Nos inventábamos juegos, tanto dentro como fuera de la casa, la imaginación nunca se nos quedó corta, la casa de mi abuela fue el escenario de juegos en los que éramos los personajes de historias cuyo guion era divertirnos. También teníamos la casa de tabla, que era una bodega que tenía mi tía Nereida y de la cual nos apoderamos poco a poco con juegos, llevando juguetes o cosas que eran basura y nosotros convertimos en implementos para nuestras invenciones.



Jugábamos a ser mineros, a ser estudiantes, a sembrar, a ser vendedores de cosas, jugábamos a las ferias, a construir casas y cambuches, las cocinadas, la mamá y el papá. Explorar también era un juego en el que nos íbamos a encontrar con lo que el monte nos trajera, animales en el camino, plantas y flores de formas curiosas o que imaginábamos que eran comida, tréboles para comer con sabor a limón, alguna mora del monte o del cultivo del vecino Jesús. Se trataba de pasar cercos y ya estábamos en donde los vecinos, que eran lugares que rodeaban la casa de mi abuela y eran la antesala a un monte más grande que conocíamos por paseos de la escuela o del grupo de música del pueblo. La casa de mi abuela estaba entre el pueblo y los potreros que se hacían monte espeso, que se hacían quebradas, que se hacían montaña propia.

Por eso teníamos dónde y a qué jugar, las ideas venían a nosotros del mundo que veíamos como niños y entre tanto uno de nuestros lugares favoritos para jugar era la playa.

Eran unas plantas alargadas que crecían en la playa, creo que les gustaba la humedad y me gustaba imaginar que se parecían a las plantas que crecen en las lagunas (Figura 4). La playa era verde y olía a agua, muchas veces había libélulas y otros bichos que habían nacido del agua, recuerdo que tocaba caminar con cuidado porque se terminaba uno metiendo la pata en la *chuquia*⁶. Las plantas alargadas y como tubos delgados coronadas por una punta de color café-vinotinto nos gustaban porque por dentro estaban separadas en varios segmentos por unas telitas suaves que se rompían cuando deslizábamos nuestros dedos desde de abajo hacia arriba, disfrutando del sonido que hacían y que era nuestro principal entretenimiento para ir a la playa. Junto a la playa pasaba una acequia en la que constantemente fluía agua, esa agua venía de lejos, de la parte alta del pueblo y nosotros de niños la veíamos como un gran río en el que podíamos aventurarnos a pescar hojas o palitos que nosotros mismos echamos para no dejar escapar porque estos se convertirían en nuestra comida.

⁶ La chuquia es lo que se hace cuando en un lugar se acumula agua. Puede darse porque hay un nacimiento, como en el caso de la playa. Una chuquia es un pedazo de tierra blando en el que uno se puede hundir, una mezcla de barro, plantas, musgos y materia orgánica. A veces no se distingue a simple vista porque está cubierta de monte. Cuando en invierno los caminos se llenan de barro y se hacen difíciles de caminar, se dice que están chuquiosos.





Figura 4. La Playa. Elaboración propia, 2026.

Risas y gritos, peleas y reconciliaciones, alguno que trepaba árboles, otro que observaba en silencio, otro al que el monte no le hacía mucho bien, aburridos y contentos, astutos y silenciosos, esos éramos nosotros jugando en la casa de la abuela. En donde mi abuela estaban mis primos y yo no quería dejar de jugar, teniendo unos nueve años le pedí permiso para irme a vivir allá porque quería siempre poder estar jugando con ellos. No sé cuántos días duré hasta *acausatarme* de mi mamá pero quedarme a dormir donde mi abuela o mi tía era el sentido de seguir jugando para siempre. Como un monte que nunca deja de crecer, que echa raíz y vuelve cada vez, cada tanto, cada siempre. Así eran nuestros juegos, sin dejarnos a merced del aburrimiento, buscando cada vez nuevas posibilidades de ver, de conocer y de aprender. Estábamos siendo criados por el monte, sin quizás saberlo y con las *pacungas*⁷ hasta en los pelos.

El *acausato* es algo que le da a los niños ante la ausencia de alguien y quizás también de algo. Cuando uno se apegaba a una persona y ésta no está a uno se le cae la mirada, se le va el apetito, uno se pone más llorón y jodido de lo normal. Yo le pedí a mi abuela que me adoptara, y rápidamente extrañé a mi mamá, aunque

7 Quiere decir que habían pocas casas, distantes una de la otra.

quisiera jugar para siempre. **El monte se ha quedado en mí**, me crie en el monte, como lo hizo mi mamá, ambos queremos nuestro monte. Creo que **siempre llevo en mí algo del monte, para no acausarme**, porque no me veo sin él, sin haberme acostumbrado a ver la congregación de montañas al pie de las cuales se hizo mi pueblo.

Mi mamá me curaba del *acausato* tocándome el corazón y diciendo: vení, vení, no te quedarás y con lo días se notaba el cambio. **¿En qué parte del monte me habré quedado?** Para que mis sobrinos Gabriel y Rafa no se *acausaten* cuando yo me voy mi mamá me hace dejarles una camiseta para ponerles en las almohadas y así no dejar que les dé el *acausato*. **¿Qué será lo que yo cargo del monte?** También se trata de una pena que puede darse al no estar en el lugar del que uno es, mi mamá dice que no se quiere ir nunca de La Llanada y en eso, el monte algo tiene que ver.

Me pregunto si la niñez es en efecto la mejor etapa para comenzar la vida. ¿Qué tal si los juegos que hacemos cuando niños los miramos con la visión de supuestos adultos que tenemos cuando los años ya hacen más montón en la cuenta? En este momento puedo sentarme a escribir desde un lugar que no es el monte que yo conozco; en Manizales hay monte pero no es mi monte (Figura 5). Se ha hecho en mí una ilusión de poder escribir acerca de los juegos que uno hace en el monte. Pero no me refiero a eso cuando digo ver los juegos con los ojos de adultos. Lo que me pregunto es: ¿qué nos hace diferentes a medida que crecemos? ¿Qué me distancia de, por ejemplo, el Daniel que hasta los quince años encontró en el monte su refugio y para el cuál era su casa y la infinita posibilidad de hacer andar la imaginación? Vuelvo, uno llega al mundo y le toca comenzar a moverse, desde aprender a caminar hasta conocer cosas triviales y recónditas de lo que se trata la vida, **la vida que es la vida de todas las vidas que nos rodean. A mí me tocó conocer de la vida a través del monte** y de buenas que fue jugando; yo me hice un mundo, un mundo con mis propias flores del monte. La vida me ha hecho viajar y mi monte ha cambiado, pero es lo más propio que tengo, mi libertad con olor a moras del monte con azúcar. Yo me quiero quedar pensando que así conocí la vida, porque mi monte, los montes y los amigos con los que jugué se quedaron en mí como el aroma de los motilones⁸ que cogíamos con el Farid.

8 El motilón es una fruta que se da en zonas frías y templadas del departamento de Nariño. Son de color morado y manchan la boca al comerlas. De sabor particular, dulce y muy intenso, tienen en el centro un hueso duro. Nosotros utilizábamos los frutos verdes para quitarnos la mancha que nos dejaban los frutos maduros.





Figura 5. Mi monte. Elaboración propia, (2026).



Uno jugaba en el monte y con lo que tenía en el monte, uno se inventaba los juguetes, se inventaba el escape del aburrimiento, aunque no sé si uno se fuera a aburrir de niño. Escribir esto me hace pensar en las cosas que comenzamos a sentir cuando se nos dijo que habíamos de dejar la niñez o cuando el mundo adulto nos hizo grieta. No creo que podría haber nacido y no andar el monte, ese fue el lugar para conocer el mundo de muchos de nosotros en el pueblo.





Cuando jugaba en el monte, mi casa aún no tenía muros a media altura y tampoco malla que cerrara el perímetro. Tampoco había casas alrededor, en ese tiempo las casas estaban lejo lejo⁹. En estos tiempos ya están por todos lados, cada vez vive más gente en el pueblo, cada vez hay más casas. En el barrio había varios lotes vacíos de casas y llenos de monte. El monte se entraba por las casas, ahora las casas se cierran al monte. El cerco de mi casa, mientras que me acuerdo, eran algunos postes de madera, rodeados de una delgada malla metálica, alrededor, un árbol de mayo que creció de la nada, un viejo árbol de campanillo y unas matas de achira con cuyas pepas siempre jugábamos. Aunque siempre había un esmero por hacerle guerra a los pasos, el cerco de mi casa era más paso que cerco y era un paso al monte. Por los pasos se nos entraba el monte y yo me iba para el monte grande.

El monte grande era uno de los lugares de mis juegos. En La Llanada hay mucho monte, pero ese era mi monte, porque sólo tenía que arrastrarme un poco para irme de mi casa y estar ahí. Encima estaba la calle principal del barrio, la entrada al colegio y la escuela en la que estudié, no es una calle muy transitada durante todo el día, como lo son otras del pueblo. Funciona como camino al colegio y de la gente que vivimos en esa parte del barrio San Francisco. Las horas en las que más se anda son entre las seis treinta y las siete de la mañana, cuando los estudiantes van a sus clases con el frío de las mañanas *llanadienses* y en algunos casos con pocas ganas de estudiar, con el calor del mediodía por esa calle se ven pasar muchachos y muchachas que llevan uniformes verdes, van de regreso a sus casas, algunos se quedan en el camino cometiendo alguna fechoría. Mi casa está a mitad de camino, entre la esquina que coge para la salida a Samaniego y el portón grande que marca la entrada al colegio. Cuando yo era niño no había tantos vecinos como ahora, a la izquierda estaba doña

⁹ Quiere decir que habían pocas casas, distantes una de la otra.



Zully y por el mismo lado izquierdo más atrás estaba la propiedad de don Alberto y doña Edelina. Los demás vecinos ya no estaban pegados a nosotros, eran vecinos del barrio no más. Mis vecinos de niño, no eran otros niños con quien jugar ni tampoco adultos, mi vecino era el monte, mi casa por la parte de atrás, ya lo decía, tenía salida al monte.

El monte tenía chipos, zarzas, campanillos, quillotocots como lo que más recuerdo y que eran montes que se hacían altos. Los chipos son matas espinosas que crecen bien aferradas al suelo, de ramas delgadas y resistentes al machete, las espinas de chipo son bravas y hay que tener cuidado con ellas cuando se anda en el monte. Los campanillos son árboles que alcanzan grandes tamaños si se los deja crecer, no siempre prosperan a tener mucha edad, pero lo que siempre recuerdo es que de él caen flores con las que mi mamá cuenta que jugaban, flores de color rosado, pequeñas y en forma de trompeta. De estos árboles también caen los cofres en los que guardan sus semillas, cuando estos caen es porque han madurado, se vuelven de color café y dentro están las semillas, que no parecen serlo, pues son aplanchadas, transparentes en sus extremos y con una forma redonda, color café en el centro.

Al caer los cofrecitos se dividen y tienen formas de barquitos que flotan en el agua si se tiene la delicadeza de hacerlos navegar. Cuando están verdes, estos tienen formas de plátanos, con mis primos los cogíamos de los árboles para jugar a las cocinadas. Los quillotocots por su parte son arboles de madera quebradiza, cuando florecen dejan caer flores de color amarillo vivo, suelen crecer en grupo, antes de hacerse arboles grandes; con mi primo Fernando alguna vez cortamos algunas varas rectas que nos sirvieron para hacer un arco de fútbol en el que jugábamos torneos de penaltis.

También había monte bajito, sobre todo pacungas que se pegaban en la ropa y rasguñaban la piel, matas de espinas que debía sortear con agilidad para que no me rasgaran. Estaban mis escondites y los árboles a los que me trepaba. En ese monte también estaba un viejo pasadizo que andaba con la sagacidad de los cuyes para pasarme al colegio y robar viejos ventiladores que vendía a la chatarra. En medio de él, una palma gigante que lucía solitaria, porque se alzaba entre todo el monte y no tenía compañeras cercanas. Bajo ella había varios huecos que hacían los puercos que alguna vez tuvo la tía Rosaura, también los huecos que dejaba la gente buscando guacas. Ese, mi monte de los juegos, es un monte viejo, que han trochado, quemado y hasta pasado la máquina para convertirlo en otra cosa. Es un monte viejo que crece cada vez, que no se acaba, que vuelve y sale, aunque ya ha cambiado mucho, aunque ya no haya niños jugando, ni matas de mora para los golosos: chiquillos, bichos y pájaros.





Perseguir semillas voladoras

Querer volver a jugar los juegos para refundirse en el monte. Ser invisible a las miradas del olvido porque, aunque el monte está en los recuerdos de la infancia no del todo hemos podido ir por los túneles que en él se forman. Túneles en los que crece tierra a partir de las hojas secas que caen a diario para convertirse en un nuevo monte. **Los juegos son recuerdos grandes que pueden habitarnos**, jugar con los recuerdos en el monte, volver a abrirse paso a un mundo apenas visible ávido de curiosidad. Salir desde casas que tienen el monte dentro de sus poros, casas que son monte en sus rendijas, dejar la habitación para hacerse más cerca de la vida que había en esos sitios que se llaman monte. Los túneles que se hacían como espacios en medio de los montes espesos y altos, lugares a los que se podía entrar por pequeños escondrijos y que quedaban ocultos de quien nos pudiera buscar. Jugar con amigos, con el celo de no revelar los escondites más preciados, ocultar las pertenencias más queridas. Ir más adentro en esos túneles que forma el monte, túneles llenos de recuerdos, recuerdos que no tapa la hojarasca, ni la trocha, ni el fuego, ni la máquina, porque son recuerdos que se quedan y nos llevan al lugar del que somos.

Espinarse e inhalar las pelusas de la hierba brava, recibir delgados roces que te cortan hasta el escalofrío. Abrirse a encontrar un camino utilizando las manos y quizá tumbando el cuerpo en el enredo de formas que salen de la tierra y buscan el sol o un árbol amigo al que aferrarse. Hacer huecos en la tierra para esconder lo que queremos ocultar de los amigos que nos siguen en el juego, arrancar algunas hojas para que sea dinero con el que compramos algún artilugio que tiene su uso gracias a la bienaventuranza de la imaginación de la infancia y la desenvoltura de la naturaleza para ser y parecerse a lo que ella misma crea.



Jugar es conocer

Hacer del monte la posibilidad de hacer una casa, para conversar con amigos y gente que aparecía con el único motivo de jugar. Y es que el monte, así como lugar de otras cosas ha sido lugar de aprendizaje, que acá se hace mediante el juego. Volver al monte y reencontrarse con vidas que se pegaban al pantalón, con bichos que se metían con sus picaduras en las sensaciones de un chiquillo que exploraba. Sentir olores que cambian la disposición de los sentidos, hacerse frágil a los olores húmedos y amargos. Volver ahí para ver qué se dejó, en dónde se estuvo.

* Caminar por los caminos viejos del pueblo que han sido hechos para el trabajo, caminos abiertos por en medio del monte.

Andar y parar a coger unas moras que cuelgan de las ramas altas y que *moradean* entre el verde. Moras que anuncian la presencia de bichos y pájaros, los bichos y los pájaros las detectan y van a comérselas. Ver alguna flor del monte que pinta y atrae a insectos que las visitan, entonces las flores se riegan y a lo lejos manchas de colores captadas por la mejor cámara de todas: los ojos. Flores en los ojos de personas que andan en el monte, bichos voladores que aterrizan en ellas para hacerse al polen, abejas a las que les gustan los colores naranjas y morados, cucarrones de ruidoso volar. Ver los árboles que se alzan sobre el monte bajo, árboles que se meten profundo en la tierra. Aves parten desde la copa de los guayacanes para surcar alto los cielos. En medio del monte hay culebras, venados, gurrees y erizos. Escudriñando por en medio de la hojarasca, escorpiones y milpiés, cochinillas y cucarachas.

El monte lo vemos, pero no del todo lo sabemos.



ACERCA DEL AUTOR

Yojhan Daniel Acosta Rosero

yojhan.acosta34233 @ucaldas.edu.co



Nació hace 25 años en La Llanada, un municipio al noroccidente del departamento de Nariño en Colombia. La mayor parte de su vida la pasó en su pueblo, donde creció rodeado de montañas. Es hijo de personas que saben muchos oficios, entre ellos la minería, la cocina, la construcción, la agricultura y la confección de ropa. Es profesional en Artes Culinarias y Gastronomía, su vocación es cocinar para unirse con sus personas queridas. Estudiante de octavo semestre del programa de Antropología, es apasionado por conocer personas y lugares, siempre escuchando lo que le pueden contar. Participó en la construcción conjunta del libro *La Mestiza Nos Llama, Estudios Antropológicos en el Santuario de Las Lajas* (2024), trabajo conjunto con sus compañeros y compañeras del semillero *Asuntos de Campo y Escritura Antropológica* de la Universidad de Caldas. Su vida profesional y personal transcurre entre sus dos pasiones, la cocina y la antropología, cosas que siempre hace con profunda sensibilidad. Su trasegar en antropología es inseparable del profundo amor que siente por su lugar de origen y su gente amada que allá se encuentra. Interesado en estudios de antropología alimentaria.

